

vitaban á su rededor; pero en mar, toda la potencia que le quedaba después de Aboukir había sido bruscamente aniquilada. Delante del cabo de Trafalgar, Nelson destruyó la flota imperial junto con la de España; desde entonces todos los pontones y esquifes en que todavía ondeaba el pabellón francés no podían salir del fondo de los puertos; á lo más, protegidos por señales de tierra, podían deslizarse á lo largo de las costas de refugio en refugio.

Esa absoluta impotencia marítima contribuyó indudablemente de rechazo á lanzar sobre Europa todas las fuerzas agresivas de Francia<sup>1</sup>. Austerlitz, Iena, Wagram respondieron á las victorias inglesas de Aboukir y de Trafalgar. Por su parte la Gran Bretaña, única en el mando de los mares, pudo creerse desde entonces dueña del mundo, ó á lo menos de todas las costas de la Tierra: fué el principio de la talasocracia inglesa que había de durar más de un siglo; la aristocracia nobiliaria y comercial que gobernaba la nación sacó de este orgullo una fuerza indomable, y empleó en su formidable lucha contra Napoleón, todos sus recursos en dinero y en hombres, acumulando los empréstitos y las deudas, arruinando las industrias y reduciendo las multitudes proletarias á una miseria inmensa, pero con la certidumbre que después de la victoria definitiva, cuando llegara el agotamiento general de Europa, sería la primera entre las potencias y gozaría de una verdadera hegemonía, gracias á su monopolio de las manufacturas y á la posesión de los mercados lejanos.

Entonces fué cuando Napoleón concibió el proyecto de quitar á Inglaterra su mercado por excelencia, subyugando definitivamente Europa. El bloqueo continental (1806) debía aislar completamente la Gran Bretaña, haciendo de ella, más que una isla, una tierra perdida al otro lado de los océanos desiertos. Nadie podía permanecer neutral en la lucha; el pequeño Estado de Dinamarca lo aprendió bien á su costa en Septiembre de 1807, cuando el gobierno inglés, que sabía tan bien como su ilustre antagonista desconocer el derecho de gentes, hizo bombardear á Copenhague por sus barcos; durante cuatro días cubrió de fuego la ciudad y

<sup>1</sup> Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrösse*, p. 75.

se retiró después la flota dejando muertos más de dos mil pacíficos habitantes.

N.º 438. El Imperio de Napoleón en 1811.



1 : 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

El rayado inclinado cubre el territorio directamente dependiente del emperador y que fué dividido en departamentos; el rayado vertical indica los países cuyos potentados le estaban más ó menos sometidos.

Verdad es que cortando así toda relación entre la tierra firme y su dependencia natural de ultra-Mancha, el emperador empobrecía á sus súbditos, les privaba de los productos manufacturados y les

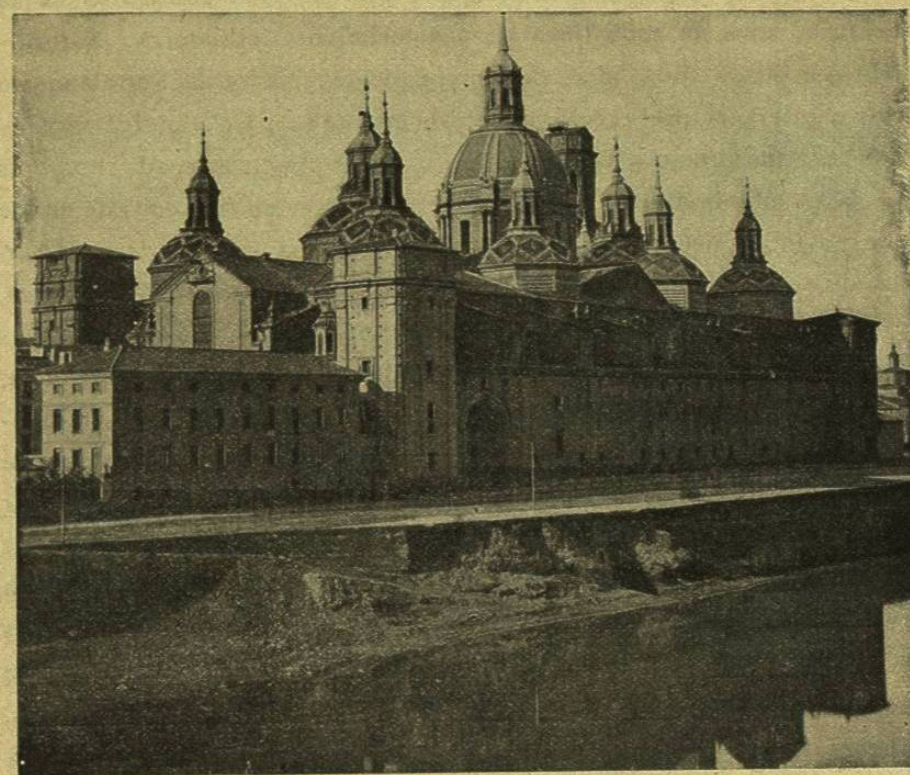
retrotraía así hacia la barbarie primitiva, mas la esperanza de causar daño mayor al enemigo que el que se hacía á sí mismo le sostenía en aquella lucha insensata. El movimiento de los cambios se hallaba, pues, casi interrumpido, y sólo lo conservaba en distintos puntos el contrabando, sostenido en secreto por algún dignatario del imperio que de ese modo obtenía un grueso beneficio. No hay duda que el rudo interés comercial tenía gran parte en el levantamiento que se produjo contra el imperio después de sus primeros desastres; pero ha de reconocerse que fué justo: no se intenta impunemente atravesarse en la marcha de las naciones.

Pues la obra entera de Napoleón, en tanto que no se dejó llevar por el reflujo normal de la reacción triunfante, consistió precisamente en una intervención brutal y caprichosa en todos los acontecimientos europeos, en la violación despreciativa de todas las armonías naturales que proceden del acuerdo de los pueblos con el medio y en el sentido de su desarrollo histórico; ignoraba y quería ignorar todo lo que hubiera podido dar á su obra una estabilidad al menos momentánea.

Así, sin razón alguna, aparte del propósito de dotar á pesar suyo á su hermano mayor José y de imponerle el gobierno de un reino (1806), el emperador atrajo al rey de España, Carlos IV, y á su hijo Fernando á Bayona, en territorio francés, y por la amenaza obligó á los dos príncipes á la abdicación; pero la nación no se dejó dar tan fácilmente como una corona, y resistió con una valentía no excedida jamás. En ninguna ciudad sitiada se vió ejército más fríamente resuelto á morir que la guarnición de Zaragoza; cuando sus defensores, luchando de casa en casa y viendo estrecharse en su rededor el círculo de fuego, fueron á arrodillarse en la iglesia, cubierta con negras colgaduras, asistieron á sus propios funerales<sup>1</sup>. Pero á hombres indiferentes ante su propia muerte no les ofuscaban los crímenes de la guerra ni sus horrores consiguientes: la atávica ferocidad manifestada durante la guerra de siete siglos contra los Moros y después durante el período fanático de la Inquisición, se despertó contra el extranjero, que, por su parte, era el ejecutor de

<sup>1</sup> Madame de Staël, *De l'Allemagne*.

la violencia y la crueldad; jamás se vieron escenas más repugnantes que las reproducidas en *Los Estragos de la Guerra*, testimonio que nos ha dejado Goya, tomado de la atroz realidad, de aquellos años sangrientos. Por lo demás, la guerra de la Independencia española contra los ejércitos de Napoleón fué en su esencia



Cl. Kuhn, edit.

ZARAGOZA — TEMPLO DE LA VIRGEN DEL PILAR EN LA ORILLA DEL EBRO

íntima mucho más inspirada por el odio religioso que por las predicaciones políticas. Verdad es que en su aspecto general se nos presenta como el despertar de un pueblo contra su opresor, pero ese pueblo obedecía antes á sus sacerdotes, que veían en los Franceses hombres sin fe, ateos, revolucionarios y destructores de imágenes. El enemigo era principalmente calificado de «hereje» y de «judío», y eso es lo que dió su carácter feroz á la guerra de España. Al final de la matanza, los generales de Napoleón, cuyas victorias eran inútiles, debieron evacuar la península, llevando con

un gran botín, los restos de sus ejércitos, hostigados por los Ingleses de Wellington, otros herejes é hijos del diablo con quienes fué preciso transigir.

Y esa guerra de España duraba todavía cuando se produjo otra espantosa guerra: la de Rusia, que fué otra concepción imperial semejante á la expedición de Egipto por el lado romántico de la aventura, lejos de toda línea de abastecimiento y socorro. Naturalmente hostil á toda idea de independencia nacional, Napoleón no tuvo siquiera la precaución de emancipar á su paso Polonia, creándose así un precioso aunque tardío aliado, y, escaso de hombres por la batalla de Borodino, entró, no obstante, en Moscou, de donde le expulsó el incendio. Después, mientras huía rápidamente en berlina de viaje, el ejército se batía en retirada á través de las nieves, los pantanos, los bosques, los ríos desbordados y los hielos. Los Cosacos y los lobos perseguían y hostigaban á la multitud derrotada, que no era sino una rastra de bandas que dejaban tras de sí cadáveres, armas, heridos y prisioneros. De los 740,000 hombres que Bonaparte había llevado á Rusia, ¡sólo 14,000 volvieron á repasar la frontera! Hubo, sin embargo, una consecuencia del terrible drama militar que pudo calificarse de feliz: puso en contacto con los Eslavos y los Alófilos de la Rusia de Europa y de Asia á miles de jóvenes Occidentales prisioneros que, habiendo entrado en la vida civil de los Eslavos, fueron civilizadores, transmisores de ideas. Muchos revolucionarios rusos de la segunda mitad del siglo XIX recuerdan la parte considerable que tuvieron aquellos prisioneros franceses en la emancipación de su pensamiento.

El imperio se precipitaba hacia su fin. Francia no tenía ya soldados válidos y á la sazón se reclutaban los efebos para las grandes matanzas. Los pueblos, viendo declinar la estrella de Napoleón, se rebelaban sucesivamente contra él. En plena batalla los Sajones se pasaron al enemigo: le habían ayudado á defenderse, ayudaron á combatirlo y á perseguirlo. El teatro de la lucha fué llevado á la misma Francia, París fué ocupado y al emperador se le encerró en la isla de Elba; pero la jaula del águila estaba demasiado cerca de su antigua área: pronto se escapó de ella, y Francia devastada, exangüe, sin voluntad y no teniendo ya una palabra que decir, aun-

que se tratara de su mismo destino, dejó á Bonaparte recuperar el poder, como había permitido que Luis XVIII lo recibiera de los reyes extranjeros menos de un año antes y como le permitió recogerlo de nuevo cien días después.

Toda la nación se hallaba verdaderamente paralizada, impotente contra las hordas enemigas que venían de Oriente, trayendo con-

Cl. P. Lafitte y C.<sup>a</sup>

CONGRESO DE VIENA, 1814-1815

Los dos grandes hombres del Congreso eran Metternich (sentado á derecha), autor de la fórmula: «El hombre comienza en el barón», y Talleyrand (en pie á izquierda): «La palabra ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento».

siglo hasta tiradores de arco, Bachkirs y Kalmuks <sup>1</sup>. Y sin embargo, después del desastre de Waterloo, cuando las guarniciones extranjeras se establecieron por segunda vez en las ciudadelas francesas, se observó que el espíritu de la Revolución, que parecía dormido, había continuado subterráneamente su obra, pues el monarca comprendió que ante todo debía presentarse á sus nuevos súbditos con una Constitución parlamentaria. Pretendía otorgarla

<sup>1</sup> Jean de Bloch, *La Guerre*, t. I. *Description du mécanisme de la guerre*, p. 21.

gratuitamente, pero ¿la habría dado el rey si no se hubiera sentido forzado á darla?

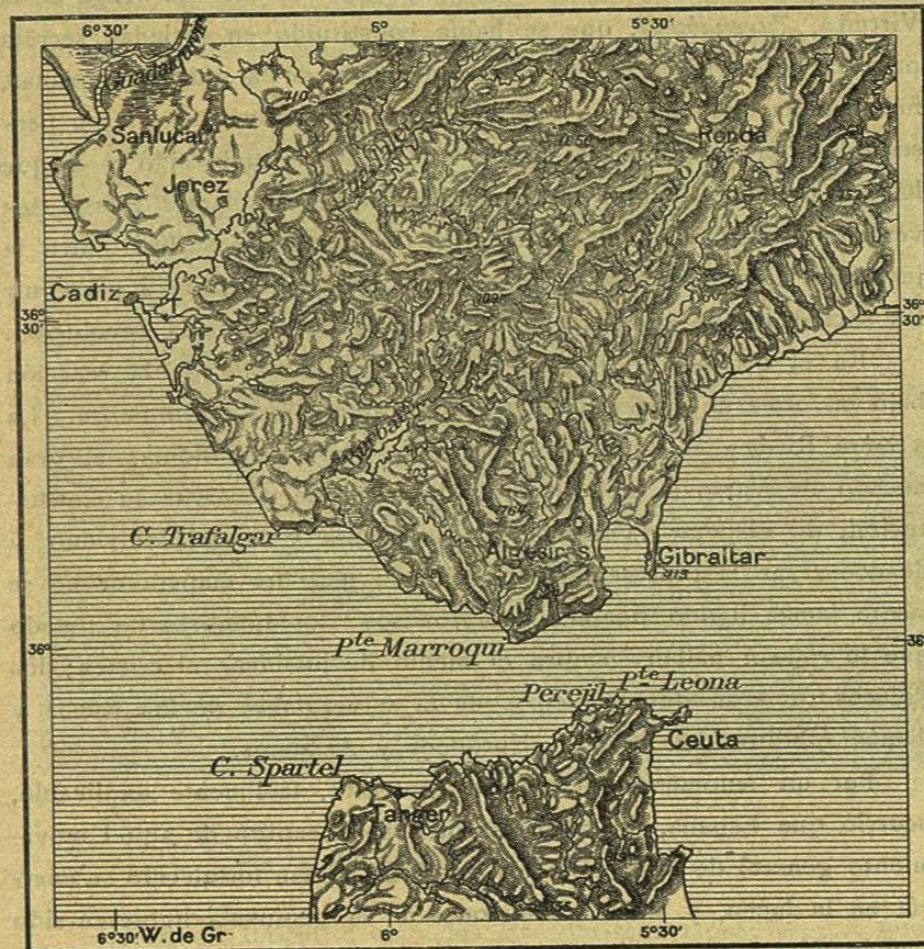
La restauración de la dinastía llamada legítima de los Borbones, lo mismo que la deposición de toda la familia ó del clan Bonaparte, hasta la ejecución de uno de ellos, el rey de Nápoles, Murat, revelaban el plan de los reyes que á la sazón disponían del suelo de Europa: querían, hacia todos y contra todos, restablecer el estado político y social del «concierto» de las naciones tal como existía antes de la toma de la Bastilla; querían que ni la Revolución francesa ni el mismo imperio hubiesen dejado huella alguna.

Después de su victoria, adquirida á tanta costa, que la dejaba bajo el peso de una deuda nacional, entonces considerada como formidable, de veinte mil millones, y que había reducido más de un millón de hombres á una miseria sin esperanza, la Gran Bretaña se había encerrado en su «espléndido aislamiento», mientras las tres grandes potencias de la Europa continental, Rusia, Austria y Prusia se habían unido estrechamente para constituir la «Santa Alianza», indicando el carácter sagrado de su unión por medio de fórmulas místicas. Los tres soberanos se colocaban bajo la dirección inmediata de Dios, y, aunque representando tres cultos diferentes, ortodoxia griega, catolicismo latino y protestantismo, se dejaban dirigir por el espíritu de la Roma papal, por la intolerancia religiosa: bajo esa sabia dirección querían restablecer á toda costa el «principio» de autoridad.

El acta de la «Santa Alianza», preparada desde Noviembre de 1814 á Junio de 1815 por el congreso de Viena, y firmada en París el 26 de Septiembre de 1815 entre los soberanos de Rusia, de Prusia y de Austria, declaraba que los tres signatarios se consideraban como «delegados por la Providencia para gobernar tres ramas de la misma familia», y esta familia debía ser dirigida por el antiguo método del castigo de amor. La reacción nobiliaria y clerical en Francia se adhirió frenéticamente á la antigua tradición monárquica y, á las órdenes del papa, se sometió á la dirección de los misioneros jesuitas; operáronse milagros, acompañados acá y acullá de matanzas, en las provincias donde la masa popular estaba aún ple-

namente sometida á sus curas, y la opresión se hizo tan odiosa y violenta contra los que no se prosternaban devotamente ante la Iglesia triunfante, que todas las oposiciones, hasta las más discor-

N.º 439. Estrecho de Gibraltar.



1: 1 250 000

0 25 50 75 Kil.

La isla de León es el nombre del apéndice unido al continente, y al extremo del cual hay Cádiz. T. = Trocadero, batalla de 31 Agosto de 1823.

dantes, llegaron á reconciliarse: los viejos republicanos, que habían plantado los árboles de la libertad y proclamado los Derechos del hombre, se asociaban con los bonapartistas idólatras, cuyos ojos

estaban siempre vueltos hacia Santa Elena. De ese modo se preparaban nuevos abortos revolucionarios para las generaciones futuras.

Las primeras víctimas del celo de la Santa Alianza fueron precisamente los hombres de abnegación y sacrificio que con más ardor habían luchado contra Napoleón, el enemigo común. La «Liga de la Virtud», *Tugendbund*, que se había constituido en sociedad secreta para la reconquista de la independencia y de la unidad alemanas, fué disuelta oficialmente y sus miembros más activos se vieron perseguidos por el gobierno mismo que habían restablecido y á que habían prestado fuerza; las camaraderías de estudiantes fueron severamente vigiladas; el régimen de espionaje se deslizó entre la juventud para desunirla y corromperla; se llegó hasta á perseguir las sociedades de gimnasia como refugios de la odiada revolución.

En el oriente de Europa se produjo la obra de la reacción bajo la forma de aumento del territorio reducido á servidumbre. La «Santa Rusia» se anexionó lo que quedaba de Polonia, el gran ducado de Varsovia, con promesa imperial de observar su Constitución, de respetar la libertad de la prensa y la del individuo y de conservar la representación nacional; pero un emperador no se siente jamás ligado por sus compromisos: los hombres de Estado que le rodean hallan siempre el medio de justificar el crimen; los Polacos tuvieron que participar de la servidumbre de los Rusos y demás súbditos del imperio, Europeos y Asiáticos.

Por un fenómeno notable de contraste, fácilmente explicable, ocurrió que España, única en Europa, se exceptuó de aquel movimiento general de retroceso: los hombres habían fortalecido su energía en la lucha, y si las poblaciones de la península hubiesen sido abandonadas á su propio esfuerzo por la reacción europea, la revolución hubiera triunfado del derecho divino. Devuelto el rey Fernando VII á Madrid por los aliados, rodeado por toda una corte de inquisidores y de frailes, se apresuró á restaurar el régimen de la caprichosa arbitrariedad; no dignándose hacer concesiones como Luis XVIII en Francia, rechazó la Constitución votada por las Cortes en 1812 durante la guerra de insurrección contra los Franceses, y se declaró rey absoluto. Restablecida la Inquisición, comenzó á funcionar, no sólo contra los herejes, sino principalmente contra lo

liberales: llenáronse las cárceles; miles de Españoles, y de los mejores, tomaron el camino del destierro; pero la necesidad de libertad que agitaba la nación en sus profundidades, consecuencia lógica del heroísmo perseverante manifestado en su guerra de independencia, era demasiado impetuoso y general para que el rey, pobre personaje ignorante, incapaz y cobarde, pudiera encontrar en sí y en su cortejo de confesores jesuitas, los recursos necesarios para la lucha.



Cl. J. Kuhn, edit.

## EL PEÑÓN DE GIBRALTAR

Vista tomada desde el fondo de la bahía de Algeciras.

Estallaron rebeldías en todas las comarcas españolas y la guerra de guerrillas comenzó de nuevo como en tiempo de Napoleón. Hasta el ejército se rebeló contra el régimen de los clérigos. Riego se apoderó (1820) de los fuertes de la isla de León, que mandaba al sud de las cercanías de Cádiz, y el himno que cantaban sus soldados fué repetido con entusiasmo en Galicia, en Vizcaya, en Navarra, en Murcia y en Madrid; se quemaron los calabozos de la Inquisición y se marchó hacia el palacio del rey.

Entonces se repite la historia, y las peripecias que se habían